



Barack Obama y Raúl Castro conversan durante el juego entre Cuba y los Tampa Bay Rays, en el Estadio Latinoamericano, marzo de 2016. Foto: ibtimes.co.uk

La diplomacia en el béisbol

Raúl Castro ha mantenido una relación diferente con el deporte cubano que la de su hermano Fidel, pero también marca una huella en él

Por RAFAEL PÉREZ VALDÉS

ESTA vez, la imagen que me impulsa a escribir es fotográfica: Raúl Castro y el entonces presidente estadounidense Barack Obama sentados en el Estadio Latinoamericano, sonrientes mientras observan un juego de pelota.

La escena ocurrió en marzo de 2016, durante la visita oficial de Obama a La Habana, y quedó como una de las postales más inesperadas de la diplomacia reciente: dos mandatarios de países marcados por décadas de desencuentros compartiendo el idioma universal de la pelota.

Esta imagen permite entrar en un territorio donde la memoria

suele ser desigual: la relación de Raúl Castro con el deporte.

Porque si Fidel ocupó durante más de medio siglo el centro de ese imaginario nacional —el líder que se ponía el uniforme, lanzaba, bateaba y hablaba con los atletas con la misma pasión que de política—, Raúl asumió un registro diferente: más discreto, institucional y menos asociado a la épica personal. Y, sin embargo, esa forma de estar también cuenta una historia.

Un modo distinto

Quizás la presencia de su hermano contribuyó a que Raúl ocupara un lugar menos visible. Pero eso



POR SIEMPRE RAÚL

no significó ausencia, sino otra manera de estar. Su vínculo se activaba en momentos claves, especialmente cuando Cuba convertía a sus atletas en símbolos de la nación.

En el año 2009 abanderó y recibió a la selección que intervino en el Clásico Mundial de Béisbol; en 2014 fue el anfitrión de los protagonistas de los Centroamericanos de Veracruz, y en 2008 entregó la enseña nacional al inigualable luchador Mijaín López rumbo a los juegos olímpicos de Beijing.

Dentro del ceremonial cubano, despedir delegaciones y recibir campeones no es un acto rutinario: es la forma en que el Estado expresa acompañamiento, gratitud y, sobre todo, su respaldo oficial.

Diplomacia en el diamante

La escena cumbre llegó en 2016. El Latinoamericano lleno. El equipo Cuba frente a los Tampa Bay Rays. En la tribuna, Raúl Castro y Barack Obama conversando, riendo y observando el juego como si la pelota fuera un puente posible.



El general de Ejército entrega al luchador Mijaín López la bandera de la delegación a los Juegos Olímpicos de Beijing 2008.

Foto: Archivo de BOHEMIA

Aquella postal condensó varios significados: La pelota como lenguaje común. La diplomacia como espectáculo; el estadio como foro político; la historia como un guion que, por un instante, parecía reescribirse.

Raúl no estaba allí como un aficionado más. Ocupaba el lugar oficial de un país que miraba el terreno y, al mismo tiempo, ensayaba una apertura económica que incluyó, precisamente por esos años, la inserción regulada de sus deportistas en circuitos profesionales fuera del archipiélago cubano.

El custodio de la escena

Este enfoque estructural no era nuevo. Durante los casi 50 años que estuvo al frente del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar), convirtió la preparación física en un pilar institucional. Bajo su mando, las FAR desarrollaron un potente sistema competitivo interno que sirvió de cantera y soporte logístico para el alto rendimiento.

Por eso, la pregunta no es si Raúl tuvo menos vínculo con el deporte que Fidel. La respuesta más justa es que su función fue diferente.

Un ejemplo sobresaliente ocurrió cuando impuso los títulos de Héroe de la República de Cuba a figuras descomunales, entre ellas, el propio Mijaín López y la velocista paralímpica Omara Durand, reafirmando que, para su concepción de Estado, el éxito competitivo y el compromiso político son caras de una misma moneda.

Si se mira con atención, Raúl Castro aparece en la historia atlética cubana no como protagonista de un relato pasional, sino como el custodio de su dimensión institucional. En un país donde la pelota ha sido tan política como popular, esa función de representar al Estado desde el palco o el protocolo también importa.

Al final, mientras el juego avanzaba en aquel marzo de 2016, el General solo hacía lo que durante años ha tocado en la vida deportiva: asegurar el orden de una nación cuya expresión más viva siempre pasa por sus atletas.